

EL HOMBRE QUE ELIGIÓ SOLO A DIOS EN TODO Y SIEMPRE

Sor Pier Firmina Ravazzotti, MC



Sor Pier Firmina Ravazzotti (1943-2009) ingresó en el Instituto de las Misioneras de la Consolata en 1962. Después de la etapa de formación de base y algunos años de servicio en Italia, en 1977 partió a Kenia, donde trabajó con competencia y entusiasmo en el campo de la educación.

Obligada a regresar a su patria por motivos de salud, durante el período en que tuvo que ser tratada, ofreció su servicio en la Oficina de Prensa y en el Centro de Estudios de la Hna. Irene Stefani.

Una vez recuperada, pudo partir hacia la misión, esta vez en Tanzania, donde se comprometió en la actividad pastoral, especialmente en los campos de la formación de catequistas y la promoción de la mujer. A petición del embajador italiano en Tanzania, durante un período también dirigió el jardín de infantes y la escuela primaria para italianos en Dar-es-Salaam.

A finales de 2004, también por motivos de salud, tuvo que repatriarse de nuevo. Todavía ofrecía alguna colaboración en la animación misionera, pero, al final, se vio obligada a detenerse, retirándose a la casa de Venaria Reale (TO), donde murió el 20 de diciembre de 2009.

Aquí presentamos la conmemoración que realizó en Tanzania, el 16 de febrero de 1998, en el 72º aniversario de la muerte de Allamano, quien ya había sido declarado “beato” desde hacía 8 años.

Mi ingreso a la familia Allamano a principios de la década de 1960 no marcó el principio de una relación filial con él. La santidad era vista como un complejo de pequeñas y grandes acciones que había que realizar, una fidelidad meticulosa no sólo a las constituciones, sino a muchas reglas y costumbres que había que poner en práctica lo antes posible. Sobre todo, se destacaron las peculiaridades del Padre ligadas a los tiempos en los que vivió.

¿Padre “perfecto” o humano?

Soy originaria de Monferrato, nacida entre viñedos como él. Desde los primeros días, fui sometida a un esfuerzo de inculturación que no tenía nada que envidiar al que hoy se exige a los hermanos y hermanas jóvenes de diversas nacionalidades: «Esto es lo que hizo el Padre; quería que se hiciera de esta manera; Él no quería este puesto; no le gustaba esa expresión; si él estuviera aquí, te desaprobaría; era estricto, intransigente, perfecto...», me decían. Ya entonces se hablaba de su espíritu de dulzura, de comprensión, de paternidad, pero, tal vez debido a mi naturaleza más bien independiente, alérgica a las imposiciones de “fachadas externas”, desprovista de toda diplomacia, en aquellos primeros años conocía más el “retrato” del Padre perfecto, bien enmarcado, que su corazón.

De vez en cuando, sin embargo, algunos guijarros rompían el vidrio de la pintura. Por ejemplo, la amistad entre el Fundador y mi abuelo materno, hombre sencillo y bromista, entonces gerente del bar Consolata en la esquina de Via delle Orfane. Todas las mañanas miraba con impaciencia su reloj para estar invariablemente en la puerta y saludar al Canónigo que regresaba de la catedral, intercambiar algunas palabras y, tal vez, convencerlo de que entrara a tomar un capuchino caliente.

Hablando del Padre Allamano, su abuelo no podía decir más que “al Canonich a l’era al preive pù simpaticch cai fuisa”. simpático, no santo; aunque toda la familia no tuviera otro confesor o consejero que él mismo; aunque su hijo César, seminarista en crisis, hubiera sido restaurado por él y le hubiera asegurado proféticamente: “¡Continúa! Tendréis una larga vida sacerdotal y ricos frutos”. Hoy, don César, de 92 años, capellán de una residencia de ancianos, sigue haciendo realidad con alegría esta profecía: no pasa por allí un anciano jubilado que no vuelva a casa reconciliado con Dios.

Con su abuelo, el Padre Allamano era simpático; era muy comprensivo con su madre acostumbrada a las horas de madrugada desde que era una niña, se dormía puntualmente durante los sermones y las oraciones, a pesar de que le salían ampollas por permanecer obstinadamente de rodillas; para su tío, Padre César, era “alguien que va al corazón de las cosas, sin perderse en pequeñeces”.

Cuando, siendo una joven profesora, tuve la oportunidad de acercarme informalmente a algunas “veteranas” que lo habían conocido personalmente, ya no eran guijarros, sino puñados de grava, los que rayaban el retrato perfeccionista del Padre.

Empecé a darme cuenta de que hacerse todo para todos, débil con los débiles, fuerte con los fuertes, no era una prerrogativa exclusiva de San Pablo; Allamano había hecho de ella un arte extraordinario. ¿Quién hubiera esperado, por ejemplo, de un personaje así, esa sonrisita de comprensión, casi de guiño, dada a la fogosa postulante que, acusada de vender objetos religiosos fuera del santuario y reprendida por la señorita Perlo por no vender lo suficiente, había respondido (sin darse cuenta de la llegada del Rector) que había venido a ser misionera y no vendedora ambulante? Ese fue el último año en que las postulantes fueron asignadas a esta tarea.

Destruir por completo ese retrato y dar cabida a nuevos descubrimientos fue gracias a la Hna. Tarcisia Imboldi, con quien tuve la suerte de vivir algún tiempo después de mi primera profesión. Me dijo que, siendo todavía postulante, al regreso de una de esas caminatas de entrenamiento para África, bajo un sol abrasador y sin distracciones, el

grupo se había encontrado bordeando el río Dora en un sitio bastante apartado. El agua era clara y fresca. Nuestra postulante la miró largo rato, hasta que, hábil nadadora, se zambulló, con su vestido negro de lana y su capa incluida; Y aquí está feliz, chapoteando por encima y por debajo de las frescas aguas.

En su narración, omitió los gritos, los sustos y las órdenes de salir. Sólo recordaba que, una vez en la orilla, chorreando agua, había escuchado, como en un sueño, la voz tranquila y firme de la asistente, casi de la misma edad: “No sé qué decirte. Irá directamente a la Consolata para presentarse al Padre Fundador, le contará lo sucedido y él decidirá qué hacer”.

¿Cual no fue el asombro de la nadadora al ver en el venerable rostro del fundador algo que, en su opinión, se asemejaba a una sonrisa divertida?

- ¡Entonces eres una nadadora experta!

- Sí, padre, en mi familia todos hemos aprendido a nadar.

- Bueno, le dirás al asistente que te acompañe nuevamente a ese sitio reservado, donde enseñarás a tus compañeras un poco de natación, porque te puede ser útil en la misión. Por el amor de Dios, dile que compre algo más adecuado para el propósito: ¡ese vestido pesado simplemente no le queda bien! Y aquí, Hna. Tarcisia, la risita divertida era inconfundible.

Este extraordinario y venerable Fundador del Instituto de Misiones de la Consolata era un hombre, uno de nosotros, fuerte y decidido, sí, al pedirlo todo por la gloria de Dios, pero no se dejó sorprender por esa maraña de sentimientos humanos y aspiraciones divinas que se desenredará por completo al término de esta aventura terrena.

Solo Dios en primer lugar.

El miedo, el miedo excesivo del Fundador había desaparecido. Lo único que me quedaba era un gran afán por conocerlo a fondo. Leí y releí con curiosidad lo que se había escrito sobre él y no dejé de señalar, ni sigo fallando, los aspectos estrictamente relacionados con el temperamento algo perfeccionista y la educación de su época; pero la impresión general, profunda y chocante que saqué de ello fue muy diferente: este Padre mío era un hombre que había elegido a Dios sólo en todo y para siempre.

Era el hombrecillo de la campiña piemontesa que, muy apegado a sus lugares y a su madre, de la que era el niño mimado, a los once años, aún con muchas lágrimas, optó por marcharse a Turín, para continuar sus estudios que le permitirían seguir una vocación que acababa de vislumbrar.

Da este paso con la ayuda de dos buenas personas, en cuya preocupación reconoce la voluntad de Dios. Dios a quien Allamano siempre ha conocido, elegido, contemplado, amado como un Padre amoroso; el amor de Dios de San Juan.

Es interesante enfatizar siempre el “tanto es el bien que espero...”, más que la perspectiva del castigo; Y si habla del castigo divino, porque hay que hablar de él, lo explica como alegría: un “deleite”, un “sabor” del que uno se priva voluntariamente por el pecado o la infidelidad.

Más interesante aún es el asombro casi vergonzoso que encuentra en su interior, cuando se da cuenta de que nunca ha dado mucho espacio, especialmente en la predicación a las personas consagradas, a las consecuencias y castigos del pecado venial. ¡No! Se siente amado por Dios con un amor tan grande que casi le quita la libertad de hacer

voluntariamente cualquier cosa que no le agrade. “Dios es su herencia y su copa”; Lo ha elegido, de hecho, lo elige continuamente, porque no tiene otro bien sino a Dios mismo.

A veces no quiero decir que estoy enamorada del fundador; No son tanto sus virtudes y méritos los que me atraen; sino el amor apasionado solo a Dios, que siento vibrar en su corazón humano, tan humano, que me contagia.

Es natural que, con este fuego, no hubiera nada en el mundo por lo que vivir y morir, sino la adorable voluntad de Dios, incluso en las minucias. Un fuego que lo consumía en su deseo de conocer cada vez más profundamente la palabra de Dios. Para él fue siempre la palabra de vida, es decir, de ser vivida, con la que se formó a sí mismo y a las almas que le fueron confiadas. La familiaridad con la Palabra de Dios le hace captar y adherirse totalmente a lo que agrada a Dios Amor: nuestra respuesta de amor, expresada a través del amor al prójimo. Puesto que ha elegido y elige a Dios sólo en todo y siempre, el Allamano aprende este amor directamente de él.

Dios Padre-Madre

Muchos teólogos modernos llaman a Dios por el nombre de “Madre”. Allamano es también un precursor de esto, más en la vida que en las palabras. “Mientras que el canónico Soldati era para nosotros la figura del padre”, atestiguan los seminaristas de la época, “Allamano, el director espiritual, era la madre”. Ninguno de ellos temía tanto la furia de aquel padre como el dulce y firme “¡Lo siento!” de esa madre.

Su amor nunca fue lástima ni paternalismo, sino que se asentó sobre una base sólida de respeto, confianza y verdad. “Tengan cuidado de no juzgar o condenar ninguno de los hábitos y costumbres de los africanos, incluso si parecen o son pecaminosos y malvados de acuerdo con nuestra moral”, instó a los misioneros. Primero hay que observar, escuchar, comprender, y luego ser capaz de corregir, señalar. Sería necesario releer sus recomendaciones, a menudo angustiosas, a los misioneros lejanos, para no hacer mal con las palabras o las acciones a los africanos.

Crear unidad, con amor.

Esas cartas también revelan una fe cristalina en la promesa de Jesús: “Donde dos o más están unidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Tal unión puede ser gravemente mortificada, más que por la distancia, por el apego a las propias ideas y programas, a lo “mejor” de cada uno, lo que puede destruir fácilmente el bien de todos. ¡Cuántas veces la insistencia en el espíritu de cuerpo y en el espíritu de familia se repite en sus labios y en sus escritos!

Entiende la verdad y la profundidad de las palabras: “Sean uno, para que el mundo crea”. Se hizo uno con su obispo, cuando éste lo nombró asistente, luego director espiritual del seminario, aunque sus aspiraciones se dirigían a otra parte. Se perdió en la voluntad del obispo, que quería que fuera rector de la Consolata, en un momento delicado para el santuario.

Él se hace uno con el tipo de obediencia que Él requerirá de nosotros: “Obediencia ciega, pero con la obediencia ciega con los ojos bien abiertos”. Cuando, escuchando, rezando, observando, sufriendo, se dio cuenta de que su propio obispo necesitaba a alguien que lo apreciara de verdad, estima y confianza, no dudó en escribir una carta muy arriesgada, en la que le pedía que reabriera el internado eclesiástico de la Consolata. Mons. Gastaldi

siempre ha sido su amigo; lo considera su criatura, porque siempre ha obedecido; Pero ¿cómo reaccionará ante una carta que, aunque respeta y ama, señala un error por parte del obispo? Pero Allamano escogió solo a Dios, en todas las cosas y siempre; Nada puede reemplazarlo, ni siquiera la estima del obispo.

También es notable su obstinación en amar, estimar y confiar en aquellos que en el Instituto tenían visiones diferentes a las suyas e incluso a aquellos que, tal vez con toda buena intención, lo engañaban, trataban de ponerse en su lugar y, dolor de dolor, lo marginaban de sus propios hijos e hijas. Uno de sus comentarios se quedó en proverbio: “Bueno, significa que, junto con la corona del apostolado, recibiré también la palma del martirio”.

Después de todo, el Hijo de Dios nos amó de esta manera, ¡hasta el punto de perderlo todo por nosotros! “El crucifijo”, dice Allamano, “debe ser nuestro único libro; Lo amamos y lo seguimos en esa abyección, y todo se cumple. Es a través de la cruz que las almas se salvan”. Cuando dijo estas palabras, testifican las hermanas, sus ojos se iluminaron, como cuando habló de la Eucaristía. De la cruz a la Eucaristía hay un paso corto. Ambos recuerdan a ese Dios que siempre estamos llamados a elegir de nuevo, en todo y siempre.

Esto también incluye el amor de nuestro Padre por la Iglesia, su relación con el Espíritu Santo. Dijo en una conferencia a las hermanas: “El Espíritu Santo es todo amor. Debemos amar, porque Él es todo amor. Es este amor el que encendió a los apóstoles el celo por la salvación de las almas: lo necesitamos para nosotros mismos; es del Espíritu Santo que debemos obtenerlo”.

En otra ocasión dice: “El Espíritu Santo es fuego. Que este fuego se derrame en nosotros, que nos caliente. Entreguémonos al Espíritu Santo sin restricciones. Quiere dominar nuestros corazones y ver en ellos la plenitud de la gracia”. Parece oír la descripción de su personalidad, del hombre que había elegido a Dios sólo en todo y siempre.

Diálogo de Amor por la Humanidad

Para recordar otro retrato del Padre, para nosotros el más auténtico, real y concreto, subamos a los coros del santuario de la Consolata, donde el corazón del Padre y del Fundador está en contacto más directo con la Eucaristía y con el icono de la Consolata. Abajo, se celebra la misa, se proclama la palabra y se repite el milagro de la salvación y el perdón en los numerosos confesionarios. El corazón de este hombre, enamorado de Dios y rebosante de amor por la humanidad cercana y lejana, fija sus ojos en los de su madre. Se miran el uno al otro. Hay mucha similitud entre ellos. Ella, la Consolata, es el icono más dulce del amor materno de Dios por la humanidad; Él, el Padre Allamano, es como un icono pequeño pero vivo del amor de Jesús, el hijo de María.

Desde el corazón de la madre se vierte el anhelo de salvación de todos en el de Allamano. Aunque abundaba en consuelo por los continuos milagros de gracia que se realizaban en el santuario, gracias también a su complicidad con la Madre de las Consolaciones, no podía dejar de escuchar: la Virgen le hablaba de sus hijos lejanos, que todavía no sabían ni siquiera implorar tales consuelos. Se repite el diálogo de las bodas de Caná, tan cargado de consecuencias: “Hijo”, le dice María a Allamano, “no tienen vino”. “Madre, ¿qué

¿Puedo hacerlo? Desde niño pedí ser misionero y me rechazaron: ya no es mi tiempo”.

Así, que Dios elegido como único bien en todo y siempre por ella, la Consolata, y por él, Giuseppe Allamano, fecunda admirablemente su unión y, en ese coro, somos concebidos los misioneros de la Consolata. Y ella, dirigiéndose a cada uno de nosotros y señalando al Padre, dice: “Haz lo que Él te diga con tus palabras y con tu vida”.

También hoy el Padre nos invita a llenar las tinajas de la vida con toda nuestra humanidad, con riquezas y pobreza, y a llevarlas al dueño de la mesa: nos pide a cada uno de nosotros que elijamos solo a Dios en todo y siempre; De esta manera, a nuestros huéspedes, los hermanos a los que somos enviados, podremos ofrecer el mejor vino de consuelo.

En ese coro no se concibieron misioneros de cualquier manera, sino de la Consolata, para llevar al mundo un verdadero consuelo.